

PERSONAJES Y EVENTOS DEL NUEVO TESTAMENTO

Lección 2

SAN PABLO Y SUS ESCRITOS

LOCUTOR: Pablo, nació en Tarso de Cilicia. Era judío de la tribu de Benjamín. También era ciudadano romano. Habló el griego y el arameo, pero escribió sus cartas en griego. Después de comenzar sus estudios en Tarso, los terminó en Jerusalén a los pies del fariseo Gamaliel.

TARSO EN CILICIA, tiene una larga historia que rebasa los seis mil años. Algunos dicen que es la ciudad más antigua del mundo, aún más antigua que DAMASCO en SIRIA, o JERICÓ. A través de los años, Tarso fue ocupada por diversos pueblos con variadas culturas, entre ellos los HITITAS, los ASIRIOS, los BABILONIOS, los PERSAS, los GRIEGOS y por último los ROMANOS. También los CELTAS se asentaron cerca de Tarso después del período persa. De los celtas les hablaré más adelante.

LOCUTOR: Pablo, ¿cómo obtuviste la ciudadanía romana?

PABLO: Octavio Augusto César, el máximo emperador romano, fue muy bien recibido por los ciudadanos de Tarso. Por lo tanto, el emperador declaró a Tarso ciudad libre. Así es que todos sus ciudadanos, inclusive mis padres y yo, recibimos la ciudadanía romana. El historiador Estrabo enfatizó que los ciudadanos de Tarso tienen mucho interés en estudiar. Por lo tanto, sus escuelas están repletas de estudiantes de la región. La escuela de retórica griega atrae a la élite produciendo un buen número de filósofos y filólogos, reconocidos maestros en Roma. Una versión traduce, “Me siento orgulloso de ser nativo de Tarso” (21:39), pues era y es un gran centro político, intelectual y económico. En los alrededores de Tarso se cultiva mucho lino. Hay fábricas de telas donde aprendí a hacer tiendas para viviendas, en 18:3.

LOCUTOR: Háblanos Pablo de tu vida antes de tu conversión.

PABLO: En mis estudios usé la Septuaginta, las Escrituras en idioma griego. Seguí rigurosamente las “tradiciones de los padres” Gál 1:1-4. Me concentré en la Ley de Dios, la Torá de Moisés, considerada por los judíos como el mayor regalo de Dios a Israel. También conocí a fondo las “leyes orales” farisaicas, escritas en la Misná. En mi juventud sentí que yo fui irreprochable con respecto a la justicia que la Ley demanda, Fil 3:6.

Fue precisamente mi lealtad al único Dios, antes de mi conversión, que me movió perseguir a los herejes cristianos. Es que como un sincero fariseo tuve que defender la creencia básica del judaísmo hallada en Deut 6:4: “Oye, Israel: Jehová, nuestro Dios Jehová uno es”. Al decir que Jesús es Dios, los seguidores de Jesús y El mismo eran herejes, enemigos de Dios.

En ese tiempo tuve otro serio problema al oír que Jesús fue crucificado en un madero. Es que la Tora dice: “Maldito todo el que es colgado en el madero”, Deut 27:26. En vez de Jesús ser Dios, o gozar del afecto de Dios, yo entonces pensaba: Jesús es el maldito de Dios, quien provocó su justa ira.

Para guardar la santa Ley, yo sentí en mi corazón una sagrada obligación de destruir a los seguidores de Jesús, quienes después de su muerte incrementaron las herejías. Anunciaron la gran mentira, diciendo que después de tres días de muerto, Jesús había resucitado y que Él vive.

LOCUTOR: Odiando tanto a Jesús y sus seguidores, tu conversión era un verdadero milagro. ¿Cómo entonces fue tu conversión?

PABLO: Había recibido cartas del Sumo sacerdote para limpiar a Damasco de los que creían en Jesús. Acercándonos a Damasco de repente yo me sentí rodeado de un resplandor de luz del cielo. Caí al suelo y oí una voz: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?” Le contesté: “¿Quién eres, Señor?” Y él dijo: “Yo soy Jesús, a quien tú persigues “. Temblando y temeroso pregunté: “Señor, ¿qué quieres que yo haga?” Me dijo: “Levántate y entra en la ciudad, y allí se te dirá lo que debes hacer”.

Me levanté, abrí los ojos, pero nada pude ver. Me llevaron de la mano. Por tres días no pude ver, ni quise comer o beber. Las cosas que pasaron por mi mente. Lo que más recuerdo es a Jesús preguntándome: “Saulo, ¿por qué me persigues”? ¿Saben lo que son tres días de ceguera mientras que yo estaba a la merced de los mismos que estaban en mi lista para apresar? Ellos no me hicieron daño. Ananías me visitó y me dijo: “Hermano Saulo, el Señor Jesús, que se te apareció en el camino por donde venías, me ha enviado para que recibas la vista y seas lleno del Espíritu Santo”. Al instante cayeron de mis ojos escamas y recobré la vista. Me levanté y fui bautizado. Después de recibir alimento, recobré las fuerzas. En vez de mirarme como a un enemigo, Ananías me dio el abrazo de hermano. ¿Son así los creyentes?

Volvió a pasar por mi mente que fue el mismo Jesús quien se me apareció y me cegó, quien también dijo a Ananías que debía librarme de la ceguera. Ese Jesús que murió crucificado en el madero, vive y reina en Ananías. Él quiere reinar en mi vida también. Fíjense, mientras que yo estaba tramando el mal, Jesús me buscó, me encontró, y me pidió servirle. Eso sí es conversión, me cambió de ser un perseguidor suyo a ser su servidor.

LOCUTOR: ¿A la luz del Cristo Resucitado se reformularían algunos de tus criterios? PABLO: Por supuesto. Primeramente, mi entendimiento del mismo Jesucristo fue cambiado. En vez de verlo como el maldito de Dios, Jesús tenía que ser el más bendito por Dios, porque Dios lo había resucitado de la muerte. Por lo tanto, Jesús, vencedor de la muerte, era indiscutiblemente el Mesías, el señalado por Dios como el Señor y futuro Juez del mundo.

La resurrección de Jesús, me dio un nuevo entendimiento de la crucifixión. Comencé a entender a Isaías 53:4 y 5: “Ciertamente llevó él nuestras enfermedades y sufrió nuestros dolores, ¡Pero nosotros le tuvimos por azotado, como herido y afligido de Dios! Mas él fue herido por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados. Por darnos la paz, cayó sobre él el castigo, y por sus llagas fuimos nosotros curados”. Lo más importante que la resurrección me muestra es que el sufrir y morir del siervo por nosotros--fue aceptado por Dios. Dios me mostró con la resurrección que, al vencer Jesús a la muerte, había vencido al pecado y su culpa--Él es el Cordero de Dios. En Cristo resucitado hay perdón, vida y salvación, y que al fin todos resucitaremos.

LOCUTOR: Si la Resurrección de Jesús reformuló favorablemente tus ideas acerca de la

crucifixión de Cristo, ¿reformuló también tus ideas acerca de la Ley de Dios?

PABLO: Definitivamente. Todavía veo a la Ley que Dios dio a la humanidad como santa y pura, sin embargo, esa Ley llevó a muchos a horribles consecuencias. El problema no está en la Ley, pero el problema está en la gente a quienes nos fue dada la Ley. Fíjense cómo me apoyé en esa santa Ley para perseguir a Jesús y sus seguidores. En vez de usar la santa Ley como un guía en mi vida, la usé para ganarme favores ante Dios, pensando que al guardar sus preceptos yo me podía salvar.

Lo más profundo que aprendí de la Ley es que nos muestra que no la podemos cumplir, y que nos separa de Dios y coloca bajo su condenación. “Porque por las obras de la Ley ningún ser humano será justificado delante de él, ya que por la ley es el conocimiento del pecado”. Rom 3:20

Pero, mucho más importante de lo que aprendí es que Jesucristo cumplió toda la Ley, pagó por toda mi culpa con su muerte. La resurrección es prueba que Dios Padre aceptó al sacrificio de Dios, y está listo a perdonar a todo el que cree en Jesús. La Ley sigue siendo buena pero no tiene derecho a condenarnos, sino guiarnos en buenas obras.

LOCUTOR: ¿Algún otro cambio en tu vida que quieres compartir?

PABLO: El Cristo resucitado también me dio una nueva visión cómo tratar a judíos y a gentiles. Al releer las Escrituras noté que Dios había hecho más de un pacto con los patriarcas. El primer pacto no fue con Moisés, sino con Abraham, ver Gen 17. Dios le prometió a Abraham que él sería una bendición a todas las naciones, no solo a Israel, Gen 12:3. Abraham creyó y le fue contado por justicia. Ese pacto con Abraham, que incluyó a todas las naciones, fue hecho mucho antes de la Ley de Moisés para los judíos.

LOCUTOR: Gracias por compartir tu profunda experiencia de la conversión y la reformulación de tu entendimiento de la crucifixión de Jesús, la Ley de Dios y la relación de judíos y gentiles, a la luz de la resurrección de Jesús. ¿Alguna otra cosa que deseas añadir?

PABLO: Había tiempos cuando necesitaba estar a solas, para escuchar a Dios, recibiendo de Él, instrucción acerca de su amor y su plan de salvación. Es que los dirigentes de la iglesia en Jerusalén estaban obsesionados con la circuncisión también para gentiles. Según ellos, la salvación no está segura sólo por la fe en Jesucristo, los hombres necesitaban la circuncisión. Para más tranquilidad y tiempo para la meditación, regresé a Tarso, en donde Dios me siguió iluminando.

LOCUTOR: ¿Y creías que tu vacación allí seguiría para siempre?

PABLO CON UN MAPA: En verdad, no. Fue interrumpida de la siguiente forma: “Los que habían sido esparcidos de JERUSALÉN a causa de la persecución del diácono Esteban pasaron hasta FENICIA, CHIPRE y ANTIOQUIA”. Me enojé al oír que Antioquía estaba siguiendo el ejemplo de Jerusalén en solo tratar con respeto a los judíos y despreciar a los que hablaban el griego.

Pero me tranquilicé cuando oí que: “había entre ellos unos de CHIPRE Y CIRENE, los cuales, cuando entraron en ANTIOQUIA, hablaron también a los griegos, anunciando el evangelio del Señor Jesús. Y la mano del Señor estaba con ellos, y gran número creyó y se convirtió al Señor.” Considerando el gran crecimiento de creyentes por obra del Espíritu Santo, el amigo Bernabé

me buscó en TARSO, y me llevó a ANTIOQUIA. Durante todo un año la obra en esa iglesia consistió en enseñar a la gente acerca de Cristo y entrenar a servidores ayudar en la obra. Tan entusiasmados estábamos en hablar a todos de Cristo, que la gente de Antioquía nos llamó cristianos ahí por primera vez. Pensaron insultarnos. Pero, ¡qué va! –a los llamados a ser testigos de Cristo es honra y gloria el ser llamado cristiano–. Ese apodo más bien nos fortaleció, nos animó tanto que estábamos listos para morir por su Nombre.

PRIMER MOMENTO DE REFLEXIÓN Y REPASO

TRASFONDO PARA LA SEGUNDA SECCIÓN: Un códice de las Escrituras LOCUTOR: La historia del Nuevo Testamento se basa en los 27 libros que hallamos en el Nuevo Testamento. Veintiuno de esos libros son cartas o epístolas. trece de las cartas fueron escritas por San Pablo. Las Epístolas de Pablo aparecen en la Biblia en el siguiente orden: Romanos, I y II Corintios, Gálatas, Efesios, Filipenses, Colosenses, I y II Tesalonicenses, I y II Timoteo, Tito y Filemón.

Los libros no aparecen en orden cronológico. Aunque Romanos fue colocada primero, la mayoría de las cartas fueron escritas con anterioridad. Las personas que ordenaron los libros se basaron en el tamaño. Las cartas más largas aparecen primero, y generalmente las más cortas siguen.

Es casi seguro que la gran mayoría de estas cartas fueron escritas antes que los cuatro Evangelios, los Hechos, la carta a los Hebreos, las Epístolas Universales y el Apocalipsis. Es así que las cartas de Pablo son los escritos más antiguos del Nuevo Testamento. Acompañaremos a San Pablo para oír el trasfondo del lugar y los problemas que trató de resolver, o de la persona a quien instruyó en su carta.

LOCUTOR: Aquí hay un mapa que muestra los lugares que Pablo y sus compañeros visitaron en el primer viaje.

PABLO: El equipo de servidores en ANTIOQUIA de Siria iba creciendo de día en día. Entre ellos, Bernabé, Simón, Lucio, Manaén y yo nos reuníamos con regularidad para orar después del ayuno, esperando órdenes y recomendaciones del Espíritu Santo.

Un día oímos Su petición: “Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado”. Habiendo nuevamente ayunado y orado, los colegas nos impusieron las manos y nos despidieron.

Bernabé y yo descendimos a SELEUCIA. De allí navegamos a CHIPRE. Al llegar a SALAMINA anunciamos la palabra de Dios en las sinagogas. Acompañados por Marcos atravesamos toda la isla hasta PAFOS.

Bernabé, Juan Marcos y yo zarpamos de PAFOS y llegamos a PERGE DE PANFILIA. Juan Marcos, no sé por qué, decidió dejarnos y regresar a Jerusalén. De PERGE viajamos Bernabé y yo a ANTIOQUIA DE PISIDIA. Dimos testimonio a los judíos de la obra redentora de Cristo quien murió y resucitó. Al salir de la sinagoga, los gentiles nos rogaron volver a hablarles el siguiente sábado.

El siguiente sábado se juntó casi toda la ciudad para oír la palabra de Dios. Pero viendo los judíos la gran muchedumbre se llenaron de celos. Nosotros entonces sacudimos contra ellos el polvo de nuestros pies y llegamos a ICONIO. Y los discípulos estaban llenos de gozo y del Espíritu Santo.

LOCUTOR: ¿No había momentos cuando pensaron mejor regresar en vez de seguir adelante?

PABLO: Sólo sentimos al Espíritu indicarnos estar firmes e ir hacia adelante. En Iconio entramos juntos a la sinagoga de los judíos; hablamos de tal manera que creyó una gran multitud de judíos y de griegos... Pero sucedió que los judíos y los gentiles, juntamente con sus gobernantes, se lanzaron a maltratarnos y apedrearnos. Al darnos cuenta, huimos a LISTRA Y DERBE, ciudades de LICAONIA (originalmente de Galacia), y la región vecina, y allí predicamos el evangelio. En LISTRA Dios curó a un cojo de nacimiento. La gente al ver lo que yo había hecho dijeron en lengua licaónica: “Dioses con la semejanza de hombres han descendido a nosotros!” A Bernabé llamaron Júpiter y a mí, Mercurio porque yo llevaba la palabra. Querían ofrecernos sacrificios. Desistimos. Pero difícilmente logramos impedir que la multitud nos ofreciera sacrificios.

Entonces llegaron unos judíos de ANTIOQUIA y de ICONIO que persuadieron a la multitud a hacernos daño. Me apedrearon y arrastraron fuera de la ciudad pensando que ya estaba muerto. Pero rodeado por los discípulos, me levanté y entré en la ciudad. Al día siguiente salí con Bernabé para DERBE. Después de anunciar el evangelio en Derbe y de hacer muchos discípulos, los exhortamos a que permanecieran en la fe, diciéndoles: “Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios.”

LOCUTOR: Presiento que deseas ampliar el tema de lo que es “sufrir muchas tribulaciones en el Nombre del Señor.”

PABLO: Sí, de veras, Lucas en los Hechos relató mucho de lo que el Espíritu Santo nos permitió hacer. Pero hay experiencias que tuve a solas que Lucas no mencionó. Yo las comento en la carta a los Gálatas. Los gálatas gentiles me recibieron como un ángel, aunque mí cara estaba tan desfigurada después que me apedrearon en Listra. A pesar de mi grotesca apariencia, los gálatas me recibieron como a Cristo mismo. Mientras que me hospedaron y curaron, les enseñé el evangelio. ¡Qué gozo de verlos tan felices en saber que sus pecados fueron perdonados por la muerte y resurrección de Cristo! Les hablé de frutos del Espíritu y obras de agradecimiento a Dios. ¡Dejaron la idolatría, adoraron a Dios con fe en Jesucristo, y le sirvieron con gozo!

Tuve que regresar a ANTIOQUIA DE SIRIA. Con los compañeros nombramos ancianos en cada iglesia, y, después de orar y ayunar, los encomendamos al Señor en quien habían creído. Al llegar a Antioquía, se reunió la iglesia y les referimos las grandes cosas que Dios había hecho

con nosotros y cómo había abierto la puerta de la fe a los gentiles en la región de Galacia. Nos quedamos en Antioquía mucho tiempo con los discípulos.

LOCUTOR: ¿Es verdad que llegó alguien de GALACIA, para contarte lo que les pasó después de tu partida? ¿Qué les dijo para alarmarlos tanto? ¿Nos puedes explicar quiénes son los gálatas?

PABLO: Los gálatas, o celtas, fueron un pueblo que había llegado de Europa, muy diferente en pensar al de los judíos. Surgieron en el siglo octavo a.C., cuando Homero estaba componiendo la *Iliada*, cuando se celebraron las primeras olimpiadas, en el tiempo de la fundación de Roma por Rómulo. Llegaron a la cúspide de su gloria en el siglo III a.C., extendiéndose desde ESPAÑA llamada FINISTERRE, "el fin del mundo," hasta el MAR NEGRO, y del MAR DEL NORTE hasta el MEDITERRÁNEO.

Para los romanos los gali eran los celtas. El ejército de Julio César en las Guerras Gálicas mató a un millón de Gali. Eran supersticiosos "completamente adictos a observancias religiosas con representaciones animistas." Entraron en batalla, sin miedo, erradamente convencidos que vencerían toda adversidad. Los galos de IRLANDA Y DE ESCOCIA, estaban emparentados con los celtas de GALICIA EN ESPAÑA y en POLONIA, y con los gálatas en TURQUÍA. Antes de desaparecer como pueblo, fueron apreciados por los romanos como guerreros mercenarios.

Ahora, el mensajero me avisó que después de mi partida llegaron judaizantes que insistieron que además de creer en Cristo, tenían que circuncidarse y guardar las leyes de alimentos y fiestas. Insistieron que solo cumpliendo esas leyes podían estar seguros de su salvación.

El Espíritu Santo me movió escribirles una carta, misma que ustedes pueden leer. Enfatiqué que la Ley de Dios es buena, pues señala que cada ser humano es pecador e insistí que nadie, por su cuenta, puede cumplir la Ley y ser salvo. Que Jesucristo se hizo maldición por cada uno de nosotros cargando con nuestra culpa al hacerse maldición por nosotros siendo clavado en la cruz, y resucitando nuevamente.

El Espíritu Santo me guió a presentarles siete pruebas que muestran que el ser humano es salvo sólo por la fe en Cristo, sin obras de la Ley. Desde la resurrección de Jesucristo, se puede practicar la circuncisión, pero ya no es obligatoria. Lo que Dios sí espera es un corazón regenerado y una vida de amor entregada a Dios y al prójimo. Es que el bautismo hace que cada hombre y mujer sea cubierto con la sangre de Cristo y sea llamado hijo e hija de Dios.

Estoy ansioso de visitarlos nuevamente y ver si el mensaje de Dios en esa carta los mantuvo firmes en la fe en Jesucristo.

SEGUNDO MOMENTO DE REFLEXIÓN Y REPASO

LOCUTOR: (Pablo, Silas y Timoteo en el tercer viaje. Hch.15:36 a 18:21)

Pablo invitó a Bernabé acompañarle en otro viaje. Pero cuando Bernabé quiso que Juan Marcos los acompañara, el mismo Marcos quien se había apartado de ellos, Pablo se rehusó. Entonces escogió como compañero de viaje a Silas.

Encomendados por los hermanos a la gracia del Señor salieron de ANTIOQUIA a pie y pasaron por SIRIA Y CILICIA animando a las iglesias. Pablo nos relatará lo que pasó en este viaje.

PABLO: Llegamos a DERBE, LISTRA, ICONIO Y ANTIOQUIA. ¡Cuanto me alegré que mi carta tuvo buena aceptación! Permanecieron firmes en la fe en Cristo, y trataron de vivir su vida honrando a Dios. En Listra encontramos a un joven llamado Timoteo, hijo de una mujer judía creyente, su padre era griego. Los de Listra e Iconio daban buen testimonio de él, por lo tanto, quise que Timoteo nos acompañe en el viaje para instruirle en doctrina y práctica. Aún cuando había insistido en mi carta que la circuncisión no es necesaria para la salvación, por causa de los judíos decidimos circuncidar a Timoteo.

Habiendo atravesado a FRIGIA y la provincia de GALACIA, el Espíritu Santo nos prohibió hablar la palabra en ASIA. Siguiendo Su consejo, recibido en una visión fuimos a TROAS. Allí

tuve otra visión acerca de un macedonio invitándonos a venir a EUROPA. Así fue que llegamos a FILIPOS, una colonia romana.

LOCUTOR: Pablo, sería interesante oír cómo los europeos aceptaron el mensaje de Dios.

PABLO: El primer sábado fuimos a un río, donde un grupo de personas se reunían para la oración. Entre unas mujeres encontramos a Lidia, vendedora de púrpura. El Señor le abrió el corazón mediante la predicación. Pidió ser bautizada con su familia. Lidia luego nos invitó a quedarnos en su casa.

En Filipo todo comenzó bien, pero de repente yo y Silas fuimos arrastrados al foro, acusados de haber arruinado el negocio de unos comerciantes quienes se estaban aprovechando de una joven que había tenido espíritu de adivinación. Como tuve compasión de esa joven, en el nombre de Cristo mandé que el espíritu saliera de ella. Sin juicio legal, fuimos condenados y después de severos azotes nos encarcelaron. El carcelero aseguró nuestros pies en cepos y nos metió en el calabozo.

A media noche mientras Silas y yo estábamos cantando hubo un fuerte terremoto. Todas las puertas se abrieron. Las cadenas de todos los presos se soltaron. El carcelero al ver abiertas todas las puertas de la cárcel, sacó la espada y se iba a matar pensando que los presos habíamos huido. Le grité: “No te hagas ningún mal, pues todos estamos aquí.” Con una luz vio que era verdad. Se postró a nuestros pies y rogó: “Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo?” Le dije: “Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo tú y tu casa.” El carcelero nos lavó las heridas. Y nosotros, en el bautismo lavamos al carcelero y todos los suyos de sus pecados en el nombre de Jesucristo. Nos alimentó y se regocijó con toda su casa por haberlo Dios llamado a la fe. Después entramos en la casa de Lidia y, habiendo visto a todos los hermanos, los consolamos y nos fuimos.

LOCUTOR: Por favor sigue contándonos de tu viaje.

PABLO: Pasando por ANFIPOLIS Y APOLONIA llegamos a TESALÓNICA, capital de MACEDONIA. En la sinagoga discutimos con los judíos por tres sábados, exponiendo por medio de las Escrituras que era necesario que el Cristo padeciera y resucite de los muertos.

Insistí, “Jesús a quien yo os anuncio, es el Cristo.” Algunos de ellos creyeron y se juntaron con nosotros, entre ellos un gran número de griegos piadosos, y bastantes mujeres nobles. Celosos, entonces, los judíos que no creían tomaron consigo algunos ociosos, hombres malos, con los que reunieron una turba y alborotaron la ciudad.

Inmediatamente los hermanos nos enviaron hasta BEREIA. Estos eran más nobles que los que estaban en Tesalónica, pues recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así. Muchos de los judíos creyeron; también numerosas mujeres distinguidas y muchos hombres. Pero cuando los judíos de Tesalónica supieron que también en Berea era anunciada la palabra de Dios por nosotros, llegaron a Berea y alborotaron a las multitudes. Los hermanos hicieron que yo saliera al puerto para ir a ATENAS, mientras que Silas y Timoteo, por el momento, se quedaron allí.

En Atenas me entristecí mucho al ver tanta idolatría. En la sinagoga discutí con los judíos y en la plaza con filósofos epicúreos y estoicos. Porque les hablé el evangelio de Jesús me llevaron al Areópago, al lugar de discusiones públicas. En el Areópago me escucharon hasta que mencioné la resurrección. Unos se burlaron y otros dijeron: “Ya te oiremos acerca de esto otra vez”. Yo salí en medio de ellos. Algunos de los que se juntaron creyeron, entre ellos, Dionisio y Damaris, y otros más.

LOCUTOR: Sin duda que fue una decepción que, en Atenas, esa atractiva ciudad, tuviste experiencias tan tristes, sí, muchas preguntas, pero poca recepción.

PABLO: Sí, Atenas fue una decepción por lo tanto seguí a Corinto. Allí hallé a Aquila y Priscila su mujer. Habían llegado de Italia porque el Emperador Claudio había dado órdenes a todos los judíos salir de Roma. Como éramos del mismo oficio fui con ellos y trabajamos juntos en hacer lonas para tiendas.

Silas y Timoteo llegaron de Macedonia. Me hallaron entregado a la predicación de la palabra, testificando a los judíos que Jesús era el Cristo. Hubo oposición y blasfemia de corintios. Los regañé diciendo: “Vuestra sangre sea sobre vuestra propia cabeza. Mi conciencia está limpia; desde ahora me iré a los gentiles.” Salí de allí y me fui a la casa de Justo, temeroso de Dios, quien vivía junto a la sinagoga. Me quedé un año y seis meses, enseñando a la gente gentil la palabra de Dios.

LOCUTOR: Te ves preocupado, Pablo ¿será por noticias que te trajeron Silas y Timoteo de Tesalónica?

PABLO: Sí, muy preocupado. De veras, al momento de oír las noticias de Silas y Timoteo quise regresar a Tesalónica. Es que me dio tanta pena haberlos dejado tan rápidamente después de solo tres semanas. Me pareció que escapé como un cobarde. El Espíritu Santo me movió escribirles asegurándoles que las noticias de Timoteo eran en gran parte halagadoras. Pero los exhorté a vivir en paz y en fidelidad a Dios al discutir entre sí el futuro. Sí, es verdad que el retorno de Jesús es inminente. Pero nadie fuera de Dios sabe el momento exacto. Por lo tanto, es necesario estar atentos y vigilantes siempre (4:13--5:11), puesto que ese día vendrá, así como un ladrón en la noche 5:2. Que no se desvelen preocupándose por los que murieron, ellos resucitarán 4:13-16.

Los muertos, junto con los que hemos quedado vivos, seremos arrebatados, para recibir al Señor en el aire, así siempre estaremos con el Señor. 4:17. Sigán fieles como miembros de la iglesia de Jesucristo y cumplan con sus responsabilidades, 5:12-24.

LOCUTOR: ¿Tienes noticia si los tesalonicenses reaccionaron bien a esa carta?

PABLO: Sí. Pero, surgieron otras preguntas parecidas. Por eso les escribí la segunda carta asegurándoles que según revelación divina faltan aún dos cosas antes de la segunda venida del Señor. Primero, se manifestará el hombre de pecado, el hijo de perdición, pero recordándoles que a ellos Dios los llamó por medio del evangelio, sea por palabra oral o por carta, para alcanzar la gloria de nuestro Señor Jesucristo. Segundo, amonesté a los que no querían trabajar, pero que sí se estaban entrometiendo en lo ajeno: “si alguno no quiere trabajar, que tampoco coma.” Terminé la carta deseándoles que en todo momento la gracia de nuestro Señor Jesucristo esté con todos ellos.

LOCUTOR: ¿Y cómo procedió el trabajo en Corinto?

PABLO: Un nuevo procónsul llamado Galión, llegó a Acaya (Corinto perteneció a esa provincia). Los judíos se levantaron de común acuerdo contra mí llevándome al tribunal. Me acusaron de persuadir a los hombres a honrar a Dios contra la Ley. Me encontraba explicando mi defensa cuando Galión interrumpió: “Judíos, si fuera algún crimen enorme, conforme a derecho yo os toleraría. Pero siendo de palabras, de nombres y de vuestra Ley, vedlo vosotros,

porque yo no quiero ser juez de estas cosas.” Así los echó del tribunal.

Yo permanecí muchos más días. Después de despedirme de los hermanos navegué a Siria, junto con Priscila y Aquila. En Cencrea, puerto de Corinto, me rapé la cabeza, porque había hecho un voto. Llegamos a Éfeso y fuimos a la sinagoga donde me enfrasqué en discusiones con los judíos. Rogaron que me quedara más tiempo, pero no pude quedarme, porque quise celebrar la gran fiesta en Jerusalén. Priscila y Aquila sí se quedaron. Yo me despedí de ellos y prometí volver, si Dios así lo quería.

TERCER MOMENTO DE REFLEXIÓN Y PREGUNTAS

LOCUTOR. Sabía que no te quedarías tranquilo en ANTIOQUIA por más tiempo. ¿Dónde te envía el Espíritu Santo ahora? -- Ver Ch 18:22 a 21:16: MAPA

PABLO: Pasé por la región de GALACIA y de FRIGIA animando a todos los discípulos. Mi principal objetivo fue llegar a EFESO. Antes de mi llegada a Éfeso, Apolo de ALEJANDRÍA estaba en la ciudad.

Este había sido instruido en el camino del Señor. Hablaba y enseñaba diligentemente acerca del Señor Jesús, aunque solo conocía el bautismo de Juan. Priscila y Aquila al oír a Apolo hablar con valentía en la sinagoga, lo tomaron aparte y expusieron con más exactitud el camino de Dios. Dios llama ese amor fraternidad. Los hermanos en Éfeso escribieron cartas de recomendación, cuando Apolo quiso ir a Acaya. En Corinto recibieron bien a Apolo y él les fue de gran provecho

porque con gran vehemencia refutaba públicamente a los judíos, demostrando por las Escrituras que Jesús era el Cristo.

Tanta influencia tuvo Apolo en Corinto que sus partidarios formaron un grupo. Fue tanto la división que al escribí mi primera carta a los corintios les pregunté si Cristo estaba dividido. ¿La razón? Es que había contiendas. Cada uno decía: “Yo soy de Pablo”, “Yo de Apolo”, “Yo de Pedro”, y “Yo de Cristo”.

Al mismo tiempo que Apolo llegó a Corinto, yo llegué a Éfeso donde hallé un número de discípulos. Les pregunté: “¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando creísteis”? Ellos contestaron: “Ni siquiera habíamos oído que hubiera Espíritu Santo”. “¿En qué, pues, fuisteis bautizados?” Ellos dijeron: “En el bautismo de Juan”. Después que les expliqué que Juan bautizó con bautismo de arrepentimiento, diciendo al pueblo que creyeran en aquel que vendría después de él--eso es, Jesús el Cristo--ellos querían ser bautizados en el nombre de Jesús. Los bauticé, puse mis manos sobre ellos, y el Espíritu Santo vino sobre ellos y hablaron en lenguas y profetizaban. Eran entre todos unos doce hombres.

LOCUTOR: ¡Qué emocionante que doce hombres están ahora preparados para servir al Señor!

PABLO: Sí, muy emocionante. Pero, hubo también sus contratiempos. Hablé por tres meses en la sinagoga, discutí y persuadí acerca del reino de Dios. Algunos no solo rehusaban creer, sino maldijeron el Camino delante de la multitud. Me aparté de ellos junto con los discípulos y seguimos con nuestro testimonio acerca de Jesús en la escuela de uno llamado Tirano.

Así continuó por espacio de dos años, de manera que todos los que habitaban en Asia, judíos y griegos, oyeron la palabra del Señor Jesús. Y Dios hizo milagros extraordinarios a través de mí. Hasta pañuelos o delantales que tocaron mi cuerpo fueron llevados a enfermos, y las enfermedades se iban de ellos, y los espíritus malos salían.

LOCUTOR: Pablo, eso es formidable, y ¿cuál fue la reacción entre la gente, ya que en Éfeso hay muchos exorcistas y los así llamados magos?

PABLO: Algunos de los exorcistas que mencionas intentaron invocar el nombre del Señor Jesús sobre los que tenían espíritus malos, diciendo: “¡Os conjuro por Jesús, el que predica Pablo”! Los siete hijos de Escevas, jefe de los sacerdotes hacían esto. Pero el espíritu malo dijo: “A Jesús conozco y sé quien es Pablo, pero vosotros ¿quiénes sois?”

De repente se convirtió en un alboroto. El hombre en quien estaba el espíritu malo, saltó sobre los siete y los dominó. Ellos huyeron de aquella casa desnudos y heridos. La noticia se difundió por toda la ciudad de Éfeso tanto entre judíos y griegos. La gente tuvo temor de los exorcistas, pero glorificaron el nombre del Señor Jesús.

LOCUTOR: Pablo, ¡qué gran éxito era esa reacción para la obra del Evangelio! ¿Algo más?

PABLO: Sí, muchísimo más. Pues los que habían creído venían, confesando y dando cuenta de sus hechos. Así mismo muchos de los que habían practicado la magia trajeron los libros y los

quemaron delante de todos. Hecha la cuenta de su valor, hallaron que era de cincuenta mil piezas de plata. Así crecía y prevalecía poderosamente la palabra del Señor.

Pero luego un platero llamado Demetrio me acusó de destruir los negocios de estatuillas de plata del templo de Diana. Declaró Demetrio públicamente que la venta de estatuas había bajado no sólo en Éfeso sino en toda Asia. Cuando la gente oyó eso, se llenó de ira y gritaron sin cesar “¡Grande es Diana de los efesios!”

Al fin el escribano llegó a apaciguar a la multitud. Con serenidad explicó que Demetrio y los artífices tienen el derecho de presentar su caso a los procónsules y en legítima asamblea se puede decidir. Pero advirtió al gentío: “Hay peligro de que seamos acusados de sedición por esto de hoy, ya que no existe causa alguna por la cual podamos dar razón de este alboroto”. Así despidió a la asamblea.

LOCUTOR: ¿Hiciste algo especial cuando los diversos alborotos hacían difíciles los cultos públicos?

PABLO: Aproveché el tiempo para instruir a los ancianos en sus hogares. Además de contarles todo lo que sabía de Jesús, les recordé de la continua ayuda que el Espíritu Santo promete en la vida personal. Es El quien nos llama, nos instruye y edifica, iluminándonos en la fe mediante la Buena Nueva de Jesús. Como pronto los iba a dejar, les rogué que confíen y sigan sólo las instrucciones del Espíritu Santo, en vez de confiar en mí, o en otros seres humanos.

En ese tiempo escribí una carta a los corintios porque me llegó la noticia que seguían como antes, muy divididos entre los seguidores de Jesús, de Apolo, de Pedro y de mí. Otro problema era el consentimiento del incesto de un hombre con su madrastra viuda. Insistí en excomulgar a la pareja si seguían en esa pecaminosa relación. Enseñé a la congregación lo que es propio en el matrimonio y cuándo y cómo uno es célibe. Toqué asuntos de libertad que tiene el cristiano referente a comidas y los derechos de un apóstol. Comenté acerca de las vestimentas adecuadas de la mujer. Traté de corregir abusos en la santa cena, ya que estaban recibiendo el verdadero cuerpo y sangre del Señor para el perdón de pecados.

Traté de animarlos con el relato de la resurrección del Señor. Que no duden, pues también se me apareció a mí el Cristo Resucitado. Les recordé que como El resucitó así también resucitaremos corporalmente.

LOCUTOR: ¿Sabes Pablo si la carta tuvo resultados positivos con el problema del incesto?

PABLO: Sí, fue positivo. La congregación tomó en serio la amonestación y habló con los culpables. Hubo arrepentimiento, pidieron perdón a Dios y a la congregación. Fueron restituidos como miembros comulgantes. Pero, surgieron otros problemas. Hay los que intentan desprestigiar mi ministerio, tratan de poner en tela de juicio mi autoridad apostólica y la de mis colaboradores. Por lo tanto, en la segunda carta les rogué reconocer mi ministerio proveniente del Espíritu Santo, y que vivan como nuevas criaturas aceptando la reconciliación mediante Jesucristo, anunciándola a todo mundo. Miembros del cuerpo de Cristo tienen que atender a las necesidades de los creyentes en Jerusalén. Para mostrar que mi ministerio fue dado por el

Espíritu y está consagrado al servicio de Jesucristo, concluí con una lista de lo que Dios me permitió sufrir y hacer. Aprendí en mi vida, que “cuando soy débil, entonces soy fuerte”.

LOCUTOR: ¿Y cómo concluyó tu trabajo en Éfeso?

PABLO: Cuando el alboroto cesó me despedí de los hermanos y viajé a Macedonia. Visité a todos los creyentes en el trayecto, exhortándoles a seguir firmes en el Nombre de Jesús. Llegué a Corinto para fortalecer a los hermanos--es que seguían con otros tipos de divisiones. Algunos se sintieron superiores a los demás por hablar en lenguas y tener dones espirituales. Me quedé tres meses con ellos esperando resolver esas divisiones.

A la vez fui movido a escribir una carta a los romanos, avisándoles de querer visitarlos en Roma en mi viaje iniciado para llevar el evangelio a España. En esa carta expuse lo mejor que pude el evangelio, mismo que esperaba llevar hasta los fines del mundo. Un atrevido me preguntó, “¿Vas a anunciar en Roma, la capital del mundo, ese mismo mensaje que estas repitiendo por acá?” Yo le contesté: “No me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación de todo aquel que cree...pues en el evangelio, la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: ‘Mas el justo por la fe vivirá’”.

LOCUTOR: ¿cómo concluyó tu viaje?

PABLO: Terminada mi labor en CORINTO, regresé a SIRIA por barco. Pero como algunos planearon un complot contra mí, al momento de embarcarme tomé la decisión de regresar por vía terrestre a través de MACEDONIA. Pasamos por FILIPOS. De TROAS embarcamos llegando a MILETO. No quería subir a EFESO. Invité a sus dirigentes a verme en Mileto para despedirme de todos ellos. Fue una reunión emotiva, pues presentí que aquella era la última vez que nos veríamos. Sabía que tendrían problemas tanto de gente de afuera como de adentro de la congregación; rogué a Dios guardarlos firmes en la fe y en el servicio a Dios.

Zarpamos y en buen tiempo llegamos a TIRO. Seguimos a CESAREA. Allí pasamos tiempo con Felipe y su familia. En casa de Felipe, un profeta Agabo me advirtió que en Jerusalén me iban a prender y entregar en manos de gentiles. Pero, yo no podía cambiar mi ruta. Estaba listo a seguir adelante para morir por el nombre del Señor Jesús, ya fuera en Jerusalén o en cualquier otro lugar.

LOCUTOR: ¿Cómo te fue en Jerusalén?

PABLO: En verdad me arrestaron en Jerusalén. Más de cuarenta personas juraron no comer hasta haberme matado. Un sobrino se enteró de la celada y vino a avisarme. Yo le pasé la información a un centurión. Este, llevó al joven al comandante. Reconociendo el peligro, fui llevado de noche por doscientos soldados, setenta jinetes y doscientos lanceros a Cesarea, donde pasé dos años.

Pude presentar mi caso ante Félix, Festo, la reina Berenice y al Rey Agripa. Este último, después de mi testimonio acerca de Jesús me dijo: “¡Por poco me persuades a hacerme cristiano!” Le contesté con toda sinceridad: “¡Quisiera Dios que por poco o por mucho, no solamente tú, sino

también todos los que hoy me oyen, fuerais hechos tales cual yo soy, excepto estas cadenas”! Como mi asunto no avanzaba, pedí poder presentar mi caso ante César en Roma. En una lección anterior oyeron que el centurión llamado Julio recibió el encargo de llevarme a Roma--la gran ciudad--junto con otros prisioneros. Después del desastroso viaje, Julio nos entregó al prefecto de Roma, despidiéndose de mi con gran afecto. Agradeció a Dios por haberlo hecho suyo por la fe en Jesucristo. También yo le tengo mucho cariño. ¡Qué Dios lo guarde en la verdadera fe hasta la vida eterna!

LOCUTOR: Háblanos ahora de tu vida en Roma.

PABLO: En Roma me dieron permiso para alquilar una vivienda, supervisado por un soldado. Pero pude recibir allí a quien quisiera. Llegaron pronto varios de mis colaboradores, Timoteo Col 1:1; Marcos Col 4:10; Epafras de Colosas, Col 1:7; Tíquico, Col 4:17; Epafrodito de Filipos, Flp 2:25; Demás Col 4:1-4; Jesús Justo Col 4:11; Lucas Col 4:14; Onésimo, esclavo fugitivo Flm y Col 4:9; Aristarco de Tesalónica Col 4:10 y Epafras Flm 23. Todos ellos compartieron mi cautiverio en mi posada.

Aproveché mi libertad relativa para predicar el evangelio. Primeramente, prediqué entre los judíos, Ch 28:17-28, luego entre los soldados de la guardia y a otros romanos. Que gozo sentí cuando estos aceptaron el mensaje y lo compartieron en la corte y en sus hogares. Yo estuve preso, pero la palabra que anuncié no estaba presa, sino por obra del Espíritu Santo produjo mucho fruto. En Roma no llegué a encontrarme con Pedro. Posiblemente hizo su labor en otro distrito.

Tuve tiempo de escribir unas cartas. Contesté preguntas que me hicieron los visitantes. Le escribí a Filemón de Colosas. Le rogué recibir a Onésimo como a su hermano en el Señor después que se había escapado de su servicio.

LAODICEA, HIERAPOLIS Y COLOSAS son pueblos vecinos que nunca pude visitar. Colosas quedó aislada de la carretera pública, debido a un terremoto que cambió el rumbo del río Lico. A los colosenses les arruinó el turismo y dificultó el llevar y traer productos del mercado. Desesperados probaron de todo para recuperar el comercio, hasta probaron creencias y prácticas gnósticas. Enseñaron que hay dos dioses, uno del mal y otro del bien. Estaban en peligro de caer de la fe en Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre. Este Jesús vino para unirlos al Padre a pesar de cualquier adversidad. La carta a los efesios toca puntos parecidos. Fue usada como carta circular en Laodicea, Hierópolis, y en diversos lugares donde se reunieron creyentes en Jesucristo. Esa carta trata de asuntos que surgen en cualquier congregación: cómo se deben llevar los esposos, padres e hijos, aun entre amos y esclavos. Presenté un paralelismo entre la unidad esencial de Cristo y su iglesia y el matrimonio. Concluí mostrando que el cristiano puede defenderse del mal, usando regularmente las armas de Dios en su Palabra.

También escribí en ese tiempo a los filipenses, al grupo de fieles que me animó en muchos momentos muy difíciles. Yo quería evitar que cayesen en mayores tentaciones rogándoles: “Hermanos, por ahí andan muchos, de los cuales os dije muchas veces, y aun ahora lo digo llorando, que son enemigos de la cruz de Cristo. El fin de ellos es la perdición. Su dios es el vientre, su gloria es aquello que debería avergonzarlos, y solo piensan en lo terrenal. Pero nuestra

ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo. El transformará nuestro cuerpo mortal en un cuerpo glorioso semejante al suyo, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas”.

LOCUTOR: El libro de los Hechos termina bruscamente, dejando a uno con ganas de preguntar: ¿Pablo, no hay más que contar? Parecen haber hilos sueltos al final de tu vida. Además, no nos has comentado nada de tus cartas pastorales, de 1a y la 2a Timoteo y a Tito. ¿Hay algo que nos puedes decir?

PABLO: Tienes razón, sí quedan unos hilos sueltos. Sin embargo, será mejor que le hagas esas preguntas a Lucas el autor de Hechos. Estoy seguro que en el siguiente capítulo Lucas explicará más de mi vida y presentará un asunto que es muy interesante--lo que él hizo con mis cartas pastorales. Estoy seguro que atará esos hilos sueltos.

REPASO DE TODA LA LECCION